

TRABAJOS DEL DR. RAMON L. MIRANDA



BIBLIOTECA
MEDICA
NACIONAL



ULTIMO NATALICIO DE MARTI
Enero 28 le 1895

En la ciudad de New York y en honor del Apóstol se efectuó una comida en el restaurante Delmónico, a la que asistieron el médico de Martí, el Dr. Ramón Luis Mirada, Gonzalo de Quesada Gustavo Govín y Luis Rodolfo Miranda. (Dibujo di Hernández Giro).

ULTIMOS DIAS DE JOSE MARTI EN NEW YORK

Grato me es consagrarle hoy un merecido recuerdo a mi inmortal amigo José Martí, a quien más de una vez tuve el honor de prestarle mis servicios profesionales y desde el principio, cuando se hacían los preparativos para libertar a Cuba y cuando todo estaba en estado embrionario y nadie creía pudiera germinar la revolución, por no estar preparada, según decían, Martí, iluminado, vio claro y presintió su triunfo.—En esa época, me mandó a buscar por estar enfermo y me dirigí a su casa al oeste de la calle 61, cerca de la Avenida de Columbus; lo encontré en su modesto y estrecho cuarto, postrado en cama, febril, nervioso; examinado, diagnosticué bronquitis y que en breve se curaría; él se había alarmado creyendo que su enfermedad pudiera agravarse y me dijo:—“Doctor, cúreme pronto, tengo un misión sagrada que cumplir con mi patria; poco me importa morir después de realizarla; la muerte para mí no es más que la cariñosa hermana de la vida”. Esa fue la primera vez que conocí personalmente a Martí, y desde entonces sentí por él respeto, admiración y comprendí su grandeza e inmenso amor por Cuba.

Con frecuencia nos veíamos después, habiendo tenido el placer de que pasase sus últimos días en New York, en nuestra casa, a donde llegó desesperado de Jacksonville, en una noche de enero de 1895, acompañado de Gonzalo de Quesada, por haber fracasado la expedición que tantos desvelos y dineros había costado y que tan bien organizada estaba para llevar gran cantidad de pertrechos de guerra de Fernandina a Cuba, en los vapores Lagonda, Amadís y Baracoa, pero la fatalidad hizo que fuera traicionada y se perdiese tan valiosa expedición.

Imposible me es poder bosquejar el estado de excitación nerviosa en que se encontraba Martí; se paseaba incesantemente de un lado a otro de la sala, intranquilo, lamentando lo que acababa de suceder, meditando en lo que debía hacerse, no desmayando en su empresa.

Apenas concilio el sueño esa noche, pero al día siguiente y los sucesivos, ya elaborado su plan, con su fácil concepción, con asombrosa actividad lo desenvolvió, conferenciando con los generales Enrique Collazo y José María Rodríguez, escribiendo numerosas cartas para los jefes en Cuba, con el fin de fijar el día del levantamiento, suscritas por él y por los generales Collazo y Rodríguez, orden que llevó Gonzalo de Quesada a Cayo Hueso el mismo día de la partida de Martí para Santo Domingo. Martí escribió sus cartas en la mesa regalada a Gonzalo de Quesada por

el doctor Manuel Quintana, mesa histórica donde escribió ese ilustre argentino el primer proyecto de arbitraje internacional

Como Martí ansiaba comunicar a Cuba lo acontecido en Fernandina, para que lo supiesen los que estaban allá de acuerdo, él redactó un cablegrama que llevé a Enrique Trujillo, quien gustoso lo cableó enseguida a La Lucha de La Habana, tal cual lo había escrito Martí.

Falto de recursos Martí para continuar su empresa y sin poder salir a la calle por temor de que lo detuviesen, pues los repórters se sucedían para informarse donde podrían encontrarlo (lo suponían en uno de los Estados del sur de esta nación), tan pronto como algunos amigos supieron lo que necesitaba con urgencia, contribuyeron enseguida; las señoras Rita de Portuondo, mi esposa Luciana Govín de Miranda, Emilio Núñez, Gonzalo de Quesada y el que suscribe estas líneas, reunimos dinero suficiente para que pudiese realizar sus deseos.

Durante el tiempo que pasó Martí en nuestra casa (dos semanas) proporcionó a toda la familia deliciosos ratos, con su amena, variada y elocuente conversación, que jamás olvidaremos, como tampoco el 28 de enero de 1895, día de su cumpleaños (42) que lo pasó agradablemente en compañía de varios de sus amigos, los cuales compartieron con nosotros nuestra mesa. Dos días después, entusiasmado, lleno de fe y esperanza en que Cuba sería libre, se despidió cariñosamente de nosotros para Santo Domingo, acompañándolo durante su viaje el decidido joven Manuel Mantilla. Allí se reunió con el valiente general Máximo Gómez, saliendo ambos para Cuba, el primero de abril de 1895, y sellando Martí con su **sangre**, en 19 de mayo del mismo año, su inmortalidad en Dos Ríos. ¡Honor y gloria a su memoria!

New York, mayo 1ro. de 1903.

Excelsior, 6 de agosto de 1928.

Reproducido en la "Revista Cubana".

Publicación del Ministerio de Educación.

Dirección General de Cultura.

Año 1953.

INFORME SOBRE EL TRATADO DEL LIC. DOMINGO ROSAIN, TITULADO "APUNTES PARA LA HISTORIA DEL COLERA EN LA HABANA"

"El Dr. Ramón L. Miranda, fue comisionado por la Academia de Ciencias de la Habana para emitir una ponencia sobre el trabajo del Lic. Rosain."

Nombrado para informar a V. S. S. sobre los Apuntes para la historia del cólera en la Habana, redactados por el Ldo. D. Domingo Rosain, vengo hoy a daros cuenta del examen que de ellos he hecho.

El autor comienza consagrando un justo recuerdo al eminente Dr.

Romay y al distinguido Dr. Piedra y dividiendo las epidemias del cólera que hasta la fecha han aparecido en la Habana, en tres épocas: la primera de 1833 a 1836; la segunda de 1850 a 1856 y la tercera iniciada en 1867.

“En la noche, del 24 de febrero de 1833 es atacado del cólera D. José Soler en el barrio de San Lázaro; el 25 a las diez de la mañana lo observaba el Dr. D. Manuel Piedra, quien desde aquel momento tuvo el mérito de diagnosticar la enfermedad que por primera vez invadía la ciudad, poniéndolo en conocimiento de la Autoridad.

“Durante la primera época el Ldo. Rosain señala el informe del Dr. Piedra sobre la epidemia de 1833: el de los Dres. Romay, Bernal, Hevia y Carrillo; el de nuestro Presidente el Dr. Gutiérrez, lamentándose de la falta de observancia de las reglas de una buena higiene en la ciudad; las observaciones meteorológicas hechas en el Seminario de San Carlos por diferentes personas, consignándose en un luminoso informe, “que en los días en que más azotó la epidemia, fueron aquellos de brisas deliciosas, de un cielo sin nubes, y de una temperatura en extremo agradable. El terrible mal siguió todas sus facetas desarrollándose sin piedad por las ciudades y los campos, sin hacer caso del calor, ni del frío, de la humedad, ni la sequedad, trepando a las alturas con la misma crueldad que había cruzado los valles y burlado a la vez las conjeturas de los sabios y las esperanzas de la muchedumbre alarmada”.

“Indica el tratamiento aconsejado desde aquella época, empleándose el calor exteriormente, los estimulantes interiormente, como también el opio, éter, hielo, etc.

“Consigna la certificación que el General Ricafort dio a Piedra por su saber y abnegación; recuerda la generosa conducta de este general visitando a los coléricos en los hospitales y en sus casas; indica las medidas que se adoptaron y la persecución que se hizo a los charlatanes que en todas épocas y, sobre todo, cuando alguna enfermedad epidémica o incurable aflige a la humanidad, es cuando tratan de explotar descaradamente con el secreto de sus pretendidos específicos.

“Recuerda las memorias sobre el cólera de los Dres. Blumesther y Rachke, traducidas del alemán al castellano por uno de nuestros distinguidos compatriotas, y que fueron tan útiles entonces a los médicos del país.

“El 19 de abril de 1833, extinguido el cólera, el Dr. Piedra manifestó en su informe, que el número de muertos ascendió a once mil ochenta y seis, comprendiéndose solamente hasta el puente de Chávez; pero según otros, esta cifra sólo ascendió a siete mil ochocientos treinta.

“El Sr. Rosain cita además la memoria de los Dres. Abreu y Gutiérrez en que dieron cuenta de todo lo hecho durante la epidemia, como asimismo la del Dr. Calcaño sobre el cólera.

“El 4 de abril de 1834 sucumbe el general Laborde a consecuencia del cólera, y desde este año justo es recordar, como lo hace el Sr. Rosain, que el distinguido Dr. Romay llamó la atención sobre las primeras

diarreas que precedían al cólera, diciendo “que no deben despreciarse las primeras evacuaciones sea cual fuere la causa que las produzca, procurando al contrario contenerlas”.—De esta misma opinión participaba el Dr. Abreu y hoy en la ciencia las diarreas que preceden al cólera son conocidas con el nombre de premonitorias después de los trabajos importantes del Dr. Guerin.

Además de los muchos medios preconizados para combatir el cólera en 1835, estuvo en boga la tintura de guaco, cuya administración fue generalizada por el Dr. Romay.

“La segunda época el Sr. Rosain la hace comenzar en 1850, para lo cual dice, que el 14 de julio del año anterior hubo un caso de cólera que precedió a la epidemia del 50.—Durante esta época señala las observaciones meteorológicas del Dr. D. José Zacarías González del Valle, la estadística que él hizo al lado del distinguido Dr. D. Angel J. Cowley, las memorias del Dr. Pinelo y D. Justino Valdés Castro, y entre los muchos medicamentos que se usaron se empleó el rompesaragüey con cierto entusiasmo.

“En 1867 comienza la tercera época para el Sr. Rosain, señalando los trabajos de esta Real Academia, desde que fue consultada por la Autoridad, nombrándose al efecto una Comisión que en unión de otras de la Universidad y Junta de Sanidad, estudiaron y diagnosticaron los primeros casos que se presentaron en Casa Blanca el 19 de octubre; indica lo mucho que se ocupó nuestra corporación por estudiar y resolver todas las cuestiones relativas al cólera, la instrucción que publicó para su profilaxis y tratamiento, como también trata de los esfuerzos que hizo el Gobierno y los médicos por combatir tan desastrosa enfermedad; en fin, cita la estadística del Sr. Sala, de que la Academia tiene ya conocimiento, como también las observaciones meteorológicas del Colegio de Belén.

“Trazados a grandes rasgos los materiales que contienen los Apuntes sobre el cólera del Sr. Rosain, debemos además manifestar que existen en su trabajo consideraciones generales sobre la enfermedad de que se trata, notas biográficas de los médicos que más se han distinguido en el país, sobre todo durante la época de esta epidemia, acopio de documentos esparcidos en diferentes impresos y manuscritos, medidas tomadas para combatirla en las diferentes épocas de su aparición, datos estadísticos y recuerdos históricos de algunos lugares; todo lo cual hace que los Apuntes del cólera sean interesantes y útiles. Dejando por otra parte al autor la responsabilidad de sus opiniones y de las citas que hace, y considerándolos con mérito suficiente tengo el honor de proponer a la Academia que se publiquen en los Anales de la Corporación.—Lo cual acordó la Academia.